el vicio, y advertir los desórdenes cuando puede remediarlos. ¿Es preciso que se esponga al resentimiento de los malos? Pues sepa que le será glorioso incurrir en su odio por declararse amigo de la virtud. Tambien debe sellar con el secreto las interioridades domésticas. En el caso de que una enfermedad le lleve al lado de su amo, no solo debe hacer lo que es propio de un criado, llenándose de tierna compasion, sino que debe mostrarse como un cariñoso amigo para aliviarle en sus fatigas, y en los disgustos que traen consigo las enfermedades. En estas tristes circunstancias es cuando el amo duro y enfadoso esperimenta, por una prueba desoladora, que todo el vano aparato de una turba de esclavos no vale tanto como el afecto de un criado fiel. ¿Halla este demasiado congojosa su condicion? Pues que mude de amo. ¿Conoce que su virtud se halla en peligro? Pues que huya, contentándose con prevenir á aquellos que podrian verse en el mismo peligro; pues nunca es lícito esponer la virud del inocente por mirar por la reputacion del culpable.

CAPITULO III.

De tres pasiones, que son el orígen de todos los vicios.

Yo siento dentro de mí una inclinacion que me arrastra hácia el mal; y siento tambien al mismo tiempo una ley que le condena [1]. ¿Estará acaso en contradiccion consigo mismo el autor de la naturaleza, puesto que me inspira deseos contrarios á la ley que me ha dictado? No, ciertamente; pues cuando yo me examino á mí mismo, conozco claramente que mis inclinaciones en su orígen están de acuerdo con el destino para que he sido criado; y por consiguiente que son conformes á la sabiduría del Criador, que quiso advertirpme or un vivo atractivo de mis necesidades físicas, guiarme hácia mi felicidad por el amor al bien, y ennoblecer mi alma por el deseo de gloria. Pero estas mismas inclinaciones, muy sabias en su orígen, se encuentran desviadas de su verdadero fin por un principio, cuya causa yo des-

---

1 Así queriendo yo hacer el bien, ha'lo la ley de que el mal reside en mí.—Porque yo me deleito en la ley de Dios, segun el hombre interior.—Mas veo otra ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado que está en mis miembros. Rom. 7, 21, 22, 23.

conozco todavía: el atractivo que me advertia mis necesidades físicas me arrastra mas allá de sus límites, hácia los placeres de la sensualidad: el deseo de felicidad se clava en los bienes de la tierra, y termina en codicia; y el deseo de grandeza, volviéndose hácia la gloria mundana, para en orgullo. Tres pasiones que forman el manantial de todos los vicios [1]; y que merecen, por tanto, tratarse aquí particularmente.

Articulo 1.

De la sensualidad.

Queriendo el autor de la naturaleza proveer á la propagacion del género humano, y al órden social, puso en nosotros las inclinaciones conducentes á este fin; mas al propio tiempo ha grabado tambien en el fondo de la conciencia las leyes de a moderacion y del pudor, que vienen á ser su regla; y cuya transgresion hace al hombre criminal é infeliz. Pondrémos dos ejemplos solamente.

Un estímulo bien sensible nos indica el uso de los alimentos necesarios á la vida. Cuando las exijencias de la naturaleza están satisfechas, llenos sus deseos, cesa el estímulo; y aquí es en don-

1 Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida: la cual no es del Padre, sino del mundo. 1 Joan. 2, 16.

de el hombre debe contenerse [1]; mas allá de este término es un vicio el uso de los alimentos. De la hartura se pasa al refinamiento de los apetitos para condescender con la sensualidad, que consume en el lujo de la mesa la parte que reclaman las necesidades ajenas, y aun quizá las propias. Llevando aun mas lejos el abuso, el hombre entregado enteramente á la glotonería, se convierte en un animal puramente carnal: á fuerza de irritar la sensualidad, se entrega á los últimos escesos; y en fin, pierde hasta la noble y preciosa cualidad que le distingue de los brutos. ¡Ah! ¿Qué es en efecto ese reptil, mandado por la organizacion de su fantasía exaltada, ajitado de un delirio engullidor; este reptil, digo, balbuciente, tormento de sí mismo, rencilloso, libertino, soberbio, todo desarreglado en lo interior y esterior, cuya sola vista horroriza, y cuyo nombre es un verdadero ultraje [2]? Este es el hombre antes ra-

1 Usa como hombre moderado de aquello que te se pone delante; no sea que por comer mucho, te tengan por enojoso.—Cesa el primero por respeto de buena crianza: y no seas nimio, no sea caso que caigas en falta. Eccli. 31, 19, 20 —Enseñándonos que renunciando á la impiedad, y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sóbria, y justa, y piamente.—Tit. 2, 12.—Mirad, pues, vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, y de embriaguez. Luc. 21, 34.

2 Sanidad es para el alma y para el cuerpo el beber

cional, á quien una fatal bebida ha convertido en bruto; y que aun cuando al recobrar el uso de su razon habrá de avergonzarse, carecerá quizá de valor para enmendarse. Entre tanto, gástanse los órganos, embótanse los sentidos, cayendo el alma en un brutal estupor, del que ya no puede librarse, sin que se vea ya en el hombre, mas que los tristes restos de la humanidad degradada [1].

El amor hácia nuestos semejantes, este vínculo sagrado, que une los esposos, las familias, los amigos, los ciudadanos, los hombres todos entre sí; este

templado.—El vino bebido con esceso ocasiona despecho é ira, y muchas ruinas.—Amargura del alma es el vino bebido con esceso.—La osadía de la embriaguez tropiezo es del imprudente, disminuye la fuerza, y ocasiona heridas. Eccli. 31, 37, 38, 39, 40.

1 Pues basta para éstos que en el tiempo pasado hayan cumplido la voluntad de los gentiles, viviendo en lujurias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en escesos de beber, y en abominables idolatrías.—Por lo que estrañan muchos, de que no concurrais á la misma ignominia, llenandoos de vituperios. 1 Petr. 4, 3, 4.—Caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías ni en embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidias.—Mas vestidos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagais caso de la carne en sus apetitos. Rom. 13, 13, 14.—.... Ni los afeminados. . . . ni los dados á la embriaguez. . . . poseerán el reino de Dios. 1. Cor. 6, 10.—Gal 5, 21.

lazo precioso que produce las dulzuras de la sociedad, y los dichosos frutos de la beneficencia, vendrá á ser el orígen de los desórdenes mas vergonzosos, si sacudiendo el yugo del deber, no es dirijido por las leyes de la decencia [1]; y bien pronto todo el género humano no seria mas que una masa confusa de séres envilecidos por pasiones brutales, arrastrado sin cesar por deseos siempre nuevos emanados de un frenesí, que no conociendo, ni hartura, ni intermision, le sumerjiria cada vez mas en la cloaca impura en que se dejó precipitar.

Para evitar este abismo no basta cumplir con el bien parecer, ó esteriormente: el hombre no podrá ser inocente, teniendo dañado el corazon [2], y éste lo está, desde que no huye del peligro. Nadie espone su tesoro á ser robado cuando hay temor de perderle. ¿Por qué tienen para tí tanto atractivo los espectáculos, sino porque sirven de pábulo á las pasiones que fomentan; pues que cuando hablan al corazon te parecen insípidos?

1 El vino y las mugeres hacen apóstatas á los sabios.... Eccli. 19. 2.

2 Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon. . . . Matth. 5, 28.—No mires la hermosura de la muger, y no codicies á una muger por su hermosura, Eccli. 25, 28.

El agradarte, procede de la peligrosa cabida que les das, y que era justo evitases: porque si la virtud mas circunspecta y mas probada tiene sin embargo tanta dificultad en libertarse de los asaltos de un vicio que alarma el pudor; ¿podrá esperarse el triunfo, cuando se le franquean todas las avenidas? Huid, pues, de un enemigo, que es mas fácil de evitar, que de combatir. No confies en la calma; pues sobrevendrá una tormenta, que prevaliéndose del descuido, enseñará por una funesta esperiencia, que se habia confiado demasiado en nuestras propias fuerzas. Es tan rápida la pendiente hácia el mal, que el primer paso es mas temible que todos los demas que faltan hasta llegar al término. Grita al principio la conciencia; en vano se procura desoirla: no es posible separar de ella la imájen que recuerda. A las inquietudes que traen consigo los remordimientos, es preciso agregar el disimulo, los sobresaltos continuos, por si falta la discrecion en los cómplices y confidentes; no tardarán en acudir las sospechas, la inquietud, los celos. Aun no es bastante: el corazon que creiamos haber cautivado, se llenará de tedio, y marchará por caminos tortuosos [1]; y finalmente

1 Tres cosas son dificiles para mí, y la cuarta del todo ignoro:—El camino del águila por el aire, el camino de la culebra sobre la peña, el camino de la nave en medio del mar, y el camino del hombre en la mocedad. . . . Tal es

arrastrado de su propia inconstancia, dejará de pertenecernos. Entonces acaban de oprimir al miserable las desesperaciones y la vergüenza de las cadenas (cuyo peso se siente, sin que haya fuerza bastante para romperlas), huyó el reposo; la pasion turbulenta que le ajita, le impide gozar de los entretenimientos tranquilos, ni gustar de los deleites de la amistad honesta; cada vez mas se sumerje en el fondo del abismo á que se lanzó, y no tardará en presentarse un disgusto mortífero que rompa los nudos mas sagrados. Se aborrecerán los dias de un esposo, ó de una esposa que todavía detesta mucho una pasion, que no puede sufrir el ser reprimida. ¡Ah! ¿De qué desgracias no será ella culpable entonces? Reprimida por la necesidad (porque al fin ha de encontrar obstáculos), y semejante á un torrente que se enfurece contra el dique que le rechaza, obrará con mayor furor en el corazon en que se ve encerrada. Se descorrerá el velo finalmente, la infamia se dejará ver con claridad: y una vez perdida la opinion, no se reconocerá ya freno alguno contra la pasion dominadora. Se principió por ser seducido, y se acabará por seducir: al principio llenaban de rubor los desórdenes; mas despues se llega hasta hacer gala de ellos,

tambien el camino de la muger adúltera. . . . Prov. 30, 18. 19, 20.

y cubriendo toda la carrera de su vida con las manchas del vicio, logrará anticipar los achaques de la vejez. Entre tanto, se abandonan los cuidados domésticos, se disipan los bienes, y la educacion se abandona. Instruidos los hijos en esta escuela del libertinaje por padres que no saben respetarse á sí mismos, aprenden de ellos á despreciarlos: el seno de las familias, que debia ser el asilo de la paz y del contento, es sola la mansion del desórden y de las turbulencias; y tal vez el orígen de estos males haya sido un recreo que se juzgó inocente, una lectura peligrosa, una palabra atrevida, una amistad sospechosa, un paso imprudente. Así es como una chispa causa un incendio [1]; los torrentes impetuosos que destruyen

1 Hijo mio, atiende á mi sabiduría. . , . .—Para que guardes los pensamientos. . . . No atiendas á las supercherías de la muger.—Porque son panal que destila miel, los labios de la ramera, y mas lustrosa que el aceite, su garganta.—Mas los deseos de ella amargos como el ajenjo, y agudos como espada de dos filos.—Sus piés descienden á la muerte, y sus pasos penetran hasta los infiernos.—Por sendero de vida no andan: vagos son sus pasos, é investigables.—Ahora, pues, hijo mio, escúchame, y no te apartes de las palabras de mi boca.—Aleja de ella tu camino, y no te acerques á las puertas de su casa.—No des tu honra á las ajenas, ni tus años á una cruel.—Para que no se llenen los estraños de tus haberes, y tus trabajos estén en la caas ajena.—Y gimas en las postrimerías, cuando hayas consu-

las campiñas, no son en su nacimiento mas que pequeños arroyuelos.

Articulo II.

De la codicia.

Las necesidades físicas engendran el deseo de los bienes preciosos para la vida; y cuando este primer sentimiento se somete á las leyes de la moderacion y de la equidad, se desea sin inquietud; se posee sin pasion, se usa de ellos con discrecion, se tolera su pérdida sin debilidad, y se dejan, cuando así lo reclama un deber de justicia [1].

mido tus carnes y tu cuerpo, y digas:—¿Por qué aborrecí la correccion, y no se aquietó mi corazon á las reprensiones. . . .?—Casi en todo lo malo me hallé. . . .—Alégrate con la muger de tu mocedad. . . .—Sea como cierva muy amada. . . .—El Señor mira atentamente los caminos del hombre, y considera todos sus pasos.—Sus propias maldades prenden al impío, y es apretado con las ataduras de sus pecados.—El mismo morirá, porque no abrazó la amonestacion, y se hallará engañado de su mucha locura. Prov. 5. . . .

1 . . . . El tiempo es corto: lo que resta es, que. . . . los que lloran, como que no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen. Y los que usan de este mundo, como si no usasen: porque pasa la figura de este mundo. 1 Cor. 7, 29, 30, 31.—Mas es grande ganancia la piedad con lo que basta. . . .—Teniendo, pues, con que sustentarnos, y con

Mas si el hombre se deja una vez dominar del amor á las riquezas, ya no sabrá poner coto á sus deseos, ni guardar delicadeza en los medios [1]. Hecho idólatra de la fortuna [2], será esclavo de cuanto pueda merecerle sus favores: tolerará todos los trabajos, arrostrará todos los peligros y devorará todos los disgustos. Acompañado siempre de sus cálculos y especulaciones, siempre querrá adquirir, todo lo querrá allegar, sin dar nada jamas; nunca tendrá tiempo de disfrutar, y de esta sed

---

que cubrirnos, contentémonos con esto. 1 Tim. 6, 6, 8.—Manda á los ricos de este siglo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo (que nos dá abundantemente todas las cosas para nuestro uso).—Que hagan bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den, y que repartan francamente.—Que se hagan un tesoro, y un fundamento sólido para lo venidero á fin de alcanzar la vida venidera.—1 Tim. 6, 17, 18, 19.—Muchos cayeron por el oro, y en su hermosa vist se halló su perdicion.—. . . . ¡Ay de aquellos que van tras él! Y todo imprudente perecerá por él. Bienaventurado el rico, que fué hallado sin mancilla; y el que no se fué tras el oro, ni esperó en dinero, ni en tesoros.—¿Quién es éste, y le alabarémos. . . .? Eccli. 31, 6, 7, 8, 9.

1 . . . . Quien se apresura á enriquecerse, no será sin culpa. Prov. 28, 20.

2 . . . . Porque habeis de saber, que ningun fornicario, ó inmundo, ó avaro, lo cual es culto de los ídolos, no tiene herencia en el reino de Cristo, y de Dios. Ephes. 5, 5.

devoradora de riquezas, nacerán las disensiones, las envidias, las perfidias, las injusticias, las opresiones, y la mayor parte de los males que aflijen á la sociedad [1]. No se hable, pues, á esta alma corrompida de generosidad, de honor, de amistad; su tesoro está en otra parte, y *su corazon está con su tesoro* [2]. La misma pasion que le instiga para adquirir, le atormentará tambien para conservar; con las riquezas crecerán los cuidados y sobresaltos: cuanto mas se deje dominar de la codicia, tanto mas le inquietarán los peligros, y le desesperarán las pérdidas. ¿Qué sucederá cuando llegue el tiempo en que es preciso dejarlo todo [3]? ¡Ay! el codicioso anduvo por ca-

---

1 No hay cosa mas inicua, que el que ama el dinero. Porque éste aun su alma tiene venal. . . . Eccli. 10, 10. —. . . , y el que anhela á enriquecerse, aparta su ojo. Eccli. 27, 1.—¿De dónde las contiendas y pleitos en vosotros? ¿No son de vuestras concupiscencias, que combaten en vuestros miembros?—. . . .—litigais y haceis guerra. Jac. 4, 1, 2.—Porque los que quieren hacerse ricos caen en tentacion, y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que anegan á los hombres en muerte y en perdicion.—Porque raiz de todos los males es la avaricia: la cual codiciando algunos, se descaminaron de la fé, y se enredaron en muchos dolores. 1 Tim. 6, 9, 10.

2 Luc. 12, 34.

3 Hay quien se enriquece viviendo con escasez, y esta es la parte de su galardon.—Porque dice: Yo he hallado

minos difíciles para levantar un edificio de barro, que se desmorona, sin quedarle mas que un sepulcro en que va á ser encerrado [1]. El fruto de sus fatigas pasará á unos hijos para quienes quizá, en grandes bienes amontonó grandes desgracias

---

mi reposo, y ahora comeré solo de mis bienes.—Y no sabe que el tiempo pasará, y que se le acerca la muerte, y que lo dejará todo á otros, y morirá. Eccli. 11, 18, 19, 20. —..... Guardaos de toda avaricia: porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee.—Y les contó (*Jesucristo*) una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico habia llevado abundantes frutos.—Y él pensaba entre sí mismo y decia: ¡Qué haré, porque no tengo en donde encerrar mis frutos!—Y dijo: Esto haré: Derribaré mis graneros y los haré mayores: y allí recojeré todos mis frutos y mis bienes.—Y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: Descansa, come, bebe, ten banquetes.—Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te vuelven á pedir el alma: ¿Lo que has allegado, para quién será?—Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios. Luc. 12, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21.

1 Luego hemos errado del camino de la verdad *(dirán los malos algun dia)*, y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros. —Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdicion, y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor.—¿De qué nos aprovechó la soberbia? ¿O qué nos ha traido la jactancia de las riquezas? —Todas aquellas cosas pasaron como sombra. . . . Sap. 5, 7, 8, 9.

y grandes crímenes, ó tal vez pararán en almas venales, que habiendo estado sometidas á él por vil interés, se felicitarán de haber recobrado su libertad, para gozar en paz del precio de su servidumbre [1]. Los deseos moderados le habrian ahorrado una vida toda llena de tormentos, y de iniquidades; y en vez de la pompa fúnebre que pasará sobre su tumba como una sombra de su fortuna eclipsada, hubiera podido gozar en vida de la dulce satisfaccion de hacer á otros felices, y de que á su muerte regasen con sus lágrimas los desdichados las cenizas de su bienhechor.

¡Mas pluguiera al cielo, que la codicia fuese el único tirano, que dominase sobre el corazon del avaro! Pero, ¡ay! esta baja pasion es muy frecuentemente el ciego ajente de otras mucho mas crueles que sin cesar fomenta. El orgullo, la vanidad, el amor á los placeres, y el lujo, que todo lo agotan, son sus compañeras inseparables; todo se invade para satisfacerlas: y nada mas comun, que ver una estravagante prodigalidad al lado de la mas sórdida avaricia.

---

1 Para el varon codicioso y apretado son inútiles las riquezas. . . .—El que amontona por su genio injustamente para otros allega, y con sus bienes se regalará otro.— Quien para sí mismo es malo, ¿para qué otro será bueno? y no se gozará en sus bienes. Eccli. 14, 3, 4, 5.

Articulo III.

Del orgullo.

El deseo de la propia gloria indica al hombre el alto fin para que está destinado. Mas si en la calma de las pasiones reflexiona sobre esta noble porcion que le distingue de los brutos, conoce que él no puede esperar su grandeza, ni de los otros séres que le son inferiores, ni de aquella otra porcion de sí mismo, que siéndole comun con los reptiles, le apega á las cosas de la tierra por las necesidades y por los males que sufre: y si entonces no convierte sus miradas hácia el cielo para buscar en el seno del Eterno la verdadera gloria, que jamas hallará en las grandezas de la tierra [1], no viendo cosa mas grande que él mismo, coloca-

1 Los ojos del Señor sobre el que los temen. . . el que levanta el alma y alumbra los ojos. . . . Eccli. 24, 19, 20.—Os amonestábamos. . . . que anduvieseis de una manera digna de Dios que os llamó á su reino y gloria. 1. Thessal. 2, 12, 2. Petr. 1, 3.—Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombres de hijos de Dios, y lo seamos. . . . 1. Joan. 4, 1.—Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida, por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos. —Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros. 1. Petr. 1, 3, 4.

rá toda su confianza en sus propias fuerzas; se atribuirá el mérito de todo lo que es; nada querrá que no le venga de sí mismo, haciendo así que *el polvo y la ceniza* se gloríen de los beneficios del Criador [1]; y abusando por consiguiente contra el mismo Dios, de los dones recibidos de su mano [2], creyendo huir de los vicios vergonzosos que embrutecen, caerá en otro mas odioso todavía, que á la vez es todo injusticia, bajeza é ingratitud; esto es, en el vicio del orgullo, que por su carácter particular de malicia, lisonjeará su vanidad bajo una falsa apariencia de grandeza. Porque á la verdad ¿qué viene á ser este hombre, que confiando en solas sus fuerzas, cree poseer en sus pretendidos sentimientos de honor bastante magnanimidad, bastante energía para dominar todas sus pasiones, para despreciar todas las riquezas, todas las grandezas de la tierra? ¿Este hombre, que ya se estraña, ya se vanagloría, ya resuelve y decide ostentando el tono de la superioridad; y cuya estimacion está reservada para él solo, no tenien-

1 Eccli.—10, 5.

2 . . . ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? 1. Cor. 4, 7.—. . . . El que se gloría, gloríese en el Señor. 1. Cor. 1, 31.—Mas nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Gal. 6, 14.

do para el resto de los hombres mas que desprecio ó indiferencia? Yo observo que se enfurece contra el mérito del que oscurece el suyo; que espía las debilidades ajenas, que pondera los defectos, que derrama manchas sobre las puras virtudes, dejándose ver su rabia al través de los débiles elogios que le arranca el respeto humano. Cuanto mas quiere que le respeten, tanto menos consideraciones guarda á los demas: se queja de que le ofenden, cuando realmente él es quien ultraja: pretende satisfacciones, debiendo darlas. Quien le contradiga, incurrirá en su enojo; y su estimacion será para el que le adule: si se condesciende con sus exigencias, no se detendrá hasta lograr una dominacion completa. Demasiado presuntuoso para admitir consejos [1], muy confiado en los peligros de estravíos [2], será no obstante demasiado inflexible para retractarlos cuando hubiere caido en ellos. Este es el hombre soberbio; aquel otro, temiendo hacerse traicion si ostentase un aire dominante que le haria odioso, procurará indemnizarse por medios y maneras despreciables que su vanidad ridícula le sugerirá. Si sus cualidades no pueden presentarle como hombre brillante, procurará fascinar con apariencias. Sus títulos, sus muebles, sus trajes, todo, los menores adornos de su persona entrarán en juego para dar, al menos, un efímero aparato á su despreciable entidad. ¡Oh, cuánto es preciso desconfiar de lo que el hombre aparenta valer! pues quiere ser apreciado por todo aquello que no es él mismo. Y si no, dígase ¿qué mérito quedaria á la persona si todas las artes reclamasen la parte con que habian contribuido á engrandecerle? Yo solo busco al hombre en la choza que habita, mis miradas se dirijen á él solo, pues á él solo es á quien busco; y los sentimientos de respeto de que me penetro, son el justo homenaje que tributa mi corazon á su virtud: tal vez al lado de su pajiza choza se levanta un soberbio palacio. Me admira la belleza de su arquitectura, su magnificencia, sus jardines, las aguas, los bosques: discurro por todas partes, y en todas aplaudo los primores del arte. Llega el dueño, y se alaba, cuando deberia avergonzarse; pues yo no pregunto por él, sino por su palacio: y empleando un momento con él, me retiro, viendo que es solo un insecto el morador de aquella magnífica morada.

Tú, hombre soberbio, quizá no te conozcas retratado en estos groseros coloridos del orgullo. Quiero creerte; la educacion ha correjido tu este-

1 No recibe el necio palabras de prudencia. Prov. 18, 2.

1 —. . . . Quien presuroso es de piés, tropezará —La necedad del hombre dá un traspié á sus pasos. Prov. 19, 2, 3.

rior; pero mírate interiormente, y allí hallarás al hombre que no quisieras ver. Tu mismo disimulo te dará á conocer que no debes ser el mismo que pretendes aparecer; pues no te atreves á mostrar tal cual eres. Despues de esto, ¿podrá ya sorprender, que el orgullo y la vanidad, que tan fácilmente sabe el amor propio disimular, sean precisamente los vicios, á quienes este mismo amor propio con tanta dificultad perdone en los demas [1], y que Dios y los hombres ensalcen al humilde, y humillen al soberbio [2].

Pero no insistamos ya mas sobre las tres grandes pasiones que dominan la tierra. Lo dicho basta, y aun sobra para conocer que no hay desórden alguno en lo moral, y casi mal alguno en lo físico, que no brote de alguno de estos impuros manantiales [3]. Añadamos todavía, que cualquiera de

1 . . . . Aborrece el Señor. . . . ojos altivos. . . Prov. 6, 16, 17. . . el que es vano y sin cordura estará espuesto al desprecio. Prov. 12, 8.

2 Porque el principio de todo pecado es la soberbia: quien la tuviere será lleno de maldicion. . . . Eccli. 10, 15. —Y tú Capharnaum, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. Luc. 10, 15.—Porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla será ensalzado. Luc. 14, 11.—Prov. 11, 2. Cap. 25: 6, 7. Cap. 29, 23.

3 Para que supiesen que por las cosas en que uno peca, por las mismas es tambien atormentado. Sap. 11. 17.

estas tres pasiones, cuando es llevada al término de su exaltacion por el carácter impetuoso del que la tiene, y porque el concurso de las circunstancias la sea favorable, viene á ser una calamidad general. La pasion de Antonio por una reina de Egipto, redujo á cenizas el imperio romano. La avaricia de un favorito, que vende á peso de plata los secretos del Estado, es bastante para dar al traste por su perfidia con un reino. El orgullo de un conquistador ambicioso inundará la tierra de sangre; y gracias á la Providencia Divina, que así como enfrena la violencia de los elementos, variándolos para que no trastornen el universo, ha contenido tambien la violencia de las pasiones por mutua oposicion que quiso hallasen dentro y fuera del hombre, para evitar del mismo modo la total ruina de la sociedad. Mas aun cuando por esta sabia economía, que es un beneficio de la Providencia, contrariando el amor de las riquezas, al amor de los placeres, y á entrambos el orgullo y la vanidad, haga que no se verifiqne la esplosion de las pasiones con el furor que lo realizarian á carecer de este poderoso dique, no por eso deja de ser á las veces tan funestos como hemos dicho, ni su malicia, como acabamo de ver, se disminuye tampoco.

———